Selección natural

Rosa Beltrán

Es probable que el modo de expresar una emoción con movimientos, aunque hoy sean ya innatos, se haya adquirido gradualmente. Pero descubrir cómo se han adquirido tales hábitos es, en gran medida, desconcertante.
Charles Darwin, *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*

Yo frente al interfón, haciendo zumbar un timbre que nadie contesta. Yo, entrando por la puerta metálica que se abre sola, andando hacia el fondo del jardín por el camino de piedra que hace resonar mis pasos. Yo, reconociendo el acceso al interior de la casa, las ventanas con las persianas cerradas, como perros que aún duermen detrás de los cristales y del otro lado, los macizos de flores que empiezan a tomar color con cierto recelo, como si me reconocieran. No puedo decir que vaya al trabajo sino que regreso; vuelvo del cuchitril donde duermo unas cuantas horas. Un trabajo temporal que me obliga a pasar en esta casa la mayor parte del tiempo. Llevo apenas unas semanas aquí aunque en el giro soy como un matusalén. No sé qué me retiene en este tipo de empleo, algo a lo que a veces llamo dinero fácil pero en ocasiones pienso dinero para qué. Para salir de esto de una vez y mandar todo al diablo. Es una opción. Quizás algún día. Por lo pronto, paso horas recorriendo la propiedad, haciendo como si descubriera algo que se mueve. ¡Hey!, grito de pronto, aunque quién me va a responder que no sea yo mismo y además nada se ha movido.

De vez en cuando me escapo con la mente y escucho la voz de la mujer que me dice: Se te ve lo listo, René, tienes talento. Mira cuántas cosas sabes hacer que otros ya quisieran. Sabes abrir cerrojos, sabes componer los frenos de un auto, sabes brincar azoteas y meterte en las casas cuando a alguien se le pierden las llaves como hiciste el otro día… Dice todo esto y yo trato de guardar alguna historia que me haga pensar en lo que pude ser. En lo que hubiera sido de no ser esto. Pero todo termina cuando recibo la llamada de su marido con la instrucción que corresponde a ese momento. ¿Estás con ella?, me pregunta. Contesta sólo sí o no. Sí, respondo. No digas que estás hablando conmigo, simula que te llamó alguien más, salúdame. Saludo a un amigo imaginario. Esto es lo que vas a hacer: la llevas al mercado, la acompañas a la compra y cuando hayan subido las bolsas al auto, la dejas sola en él. Finge que tienes que ir a la ferretería, que se te olvidó comprar una clavija o un cable, lo que se te ocurra. Pero déjala sola en el coche. No le des ninguna seguridad, ¿oíste?, deja que le entre miedo. Entonces me acuerdo de lo que vine a hacer y oigo que algo se rompe antes de que acabe de inflar el mundo con otra vida y logre meterme en él. Imagino varias posibilidades, antes de actuar. Imagino que renuncio, tomo mis cosas y me voy. En cambio, hago lo que tengo que hacer, como sucede en cualquier trabajo, y eso es lo único que me evita decir mire yo me voy, hasta aquí. No es que antes no haya tenido esta clase de encargos, y muchas veces. Es que me encabronan los tipos como éste, felices de haber hecho un patrimonio. No dilapidan, no invitan a nadie a comer. Si dan una fiesta es porque saben que los invitados les propondrán nuevos o más rentables negocios. Ni de chiste invitarían a un tipo como yo. Luego de que vayas por la clavija, dejas a mi mujer un buen rato en el coche, insiste, no la vayas a traer de inmediato. Me despido del amigo imaginario, que te vaya bien, le digo, sí, lo mismo para ti, sí, en eso quedamos. Voy a hacer la última revisión al coche antes de salir, le digo a la mujer y me marcho.

No acabo de entrar a la casa cuando ella ya se me está colgando del brazo y me dice: ¡Por favor, René, revisa el jardín antes de que nos vayamos, por lo que más quieras! Veo los pants de terciopelo que usa aunque nunca haga deporte, y me limito a hacer la pregunta de rutina. ¿Otra vez? Ella asiente. Acabo de revisarlo todo, le digo, pero como guste. Si eso le da seguridad… Sí, me da, responde con impaciencia. Dejo la chaqueta en la

banca y empiezo a revisar, subiendo los escalones de dos en dos y asomándome detrás de cada mata. Salgo al otro lado, detrás de la cocina y atravieso el camino de losas. Me interno en el jardín de atrás, donde los árboles cubren toda visibilidad y arrastro los ojos por diversos paisajes familiares: la huerta abandonada, los vidrios que enterré en el borde superior de los muros, los huecos de las balas que incrusté y luego tuve que quitar, el agujero que cavo aprovechando cualquier momento para avanzar un poco. Suena el celular y escucho del otro lado. ¡René!, dice la mujer, ¡soy yo! Como si no la reconociera. Estoy muy nerviosa ¡es que sigo oyendo ruidos, como de un metal que golpea con algo! Guardo silencio un rato y dejo la pala. Trate de relajarse, respondo, está usted alterada. Sí, René, así quedé desde lo del coche, discúlpame. Cuelgo. ¿Me oyes bien? Ahora es el marido a través del celular. Una llamada más y lo arrojaré contra un muro. Sí, respondo, tranquilo. Ven a la cocina entonces. Pero antes avienta unas piedras al fondo del jardín; procura que choquen contra algo. Haz bastante ruido. Que se oiga que viene de un lugar distinto al sitio donde estás.

Ése era el hombre que me contrató. Un tipo esmirriado con los labios fruncidos, como todos los que tienen el culo en otra parte.

Cuando entro en la cocina, oigo que la mujer le informa: voy a comprar dos kilos de aguacates, pero apenas me ve entrar, pregunta: ¿no seguiste oyendo ruidos al fondo del jardín? Por qué dos kilos, interrumpe el marido, como si no la hubiera escuchado o no le interesara lo que ella dice. Porque tú te comes uno en cada sentada y yo me quedo sin probarlos, contesta ella y se pone a anotar: pan, leche, aguacates maduros. Seguro por eso estás tan delgada, dice él, riendo para sí. Y no, René no oyó ningún ruido; aquí la única que oye ruidos eres tú.

Cuando salimos de la casa, ya solos, enfilándonos entre un tránsito denso hacia el centro, la mujer emite un suspiro y comenta: ha perdido mucho, no te imaginas cuánto, René. Juventud, ganas de vivir, el pelo. Y se gira para mirar por la ventanilla. Aunque todavía le queda algo, ¿sabes qué es? Rencor. Yo guardo silencio, como acostumbro en estos casos, pero ella continúa. ¿Y sabes por qué? Porque el tiempo pasa y yo no me muero. Mientras tanto, él envejece. Austeramente. Hemos hecho un testamento de modo que uno de los dos reciba todo cuando el otro se muera. Y como no me muero, él cree que yo soy su mayor enemiga. Pero su peor enemigo es el tiempo. Miro a la mujer por el espejo retrovisor, bien firme en el asiento de atrás. Parece de acero. Siento asco por el marido. Los hombres verdaderos no deberían perdonar a los débiles.

Sigo por periférico hasta Reforma y ella continúa: Sin embargo, me ama. Y yo no puedo evitar amarlo también. Nos amamos tanto que nos leemos los pensamientos, aunque ninguno de los dos lo quiera. Damos vuelta en la rotonda de la Diana Cazadora y ella se asoma a observar, de modo que pienso que por fin se callará. Al rodear la glorieta, sé que me he equivocado. Sólo que él es más fuerte, continúa. Me llama con la mente todo el tiempo, no me deja en paz. Tiene un pensamiento muy poderoso. Yo estoy concentrada en algo y él me interrumpe: acuérdate de esto o no vayas a olvidarte de esto otro. Aunque no esté a su lado me paso todo el día atendiéndolo.

Dice esto de mal humor y se queda meditando, porque me da tiempo de concentrarme en mi trabajo y hacer algunos cálculos. Cuando nos encontramos en medio de un embotellamiento, se siente obligada a añadir: Sabe mucho de los fenómenos de telepatía y clarividencia. Ha leído a Sir William Crookes, el investigador metafísico que descubrió la materia en estado radiante. Un genio de la psicoquinesis. ¿Tú sabes lo que es la psicoquinesis, René? Muevo la cabeza. Es la modificación del estado de reposo de la materia. La más interesante es la psicoquinesis espontánea, o sea, la que se manifiesta de modo imprevisible. La que hace que se puedan mo-

© Enrique Bostelmann

ver los objetos, influir en la voluntad de las cosas, por así decir. En momentos como ése yo la dejo hablar, pero tengo que ponerme listo porque al terminar sus discursos a veces me hace preguntas. ¿Sabes qué hizo Sir William con su esposa, René? Otra vez niego. Materializó al espíritu de una mujer llamada Katie King y verificó sus apariciones con un galvanómetro. ¿Tú sabes lo que es el galvanómetro? Cómo no vas a saber, si eres un iluminado con cualquier herramienta, lo que pasa es que la has de llamar de otro modo. Mira, es un aparatito con el que sabes si además de ti hay una presencia o no donde te encuentras. Bueno, en una sesión, Lady Crookes vio una aparición nebulosa con cierta forma humana envuelta en paños muy delgados que tomaba un acordeón y se ponía a tocar por toda la sala. Como nadie cantó ni quiso acompañarla, aquella aparición se hundió en el piso, dejando visibles solamente la cabeza y los hombros que la señora vio aún tocando el acordeón, imagínate… Mi esposo me prestó algunos libros sobre esto. Dice que eso explica los ruidos que yo oigo…

Miro por la ventanilla y suspiro. A veces él es bueno, René. Y un hombre muy culto. Pero nuestra comunicación no fluye. No logro que entienda que vivo en un infierno. Yo le digo que oigo ruidos extraños, de golpes, de gente que me sigue. Tengo el presentimiento de que alguien me quiere matar. Pero él me responde que es la psicoquinesis y como con lo del aguacate, da el asunto por terminado.

© Enrique Baselmann

Luego, acercándose trabajosamente en tono confidencial, me confía:

—¿Te acuerdas el día aquel cuando fallaron los frenos del coche y sólo él y tú lograron saltar? Yo me pregunté mientras caía al vacío "¿por qué?" y él me respondió con el pensamiento: "por gorda". Me quedé muy desconcertada. El auto se incrustó en un árbol, como sabes, y no obstante me salvé. Luego llegaste tú a sacarme antes que los paramédicos. Me llevaste en brazos, me depositaste junto a un matorral y yo lo único en lo que podía pensar era cómo fue que mi esposo me había mandado una respuesta tan errónea. Porque el sentido de mi pregunta era: "¿por qué nos ocurren estas cosas?". Y no, "¿por qué lograron saltar ustedes dos y yo no?" como arguyó él después que yo le había dicho. Más tarde, me explicó que debía ser más clara al hablar con él por vía mediúmnica. Ocurrió apenas unos días después de que entraste a trabajar con nosotros. Desde entonces, yo sentí que me protegías. Porque aquella vez ¿qué hubieras podido hacer? En cambio, arreglaste los frenos enseguida y una vez salido del taller, te aseguraste de que no fallara nada más en el auto. Un genio de la mecánica. Y, si me permites, de la dedicación. Porque revisaste el coche exhaustivamente, le encontraste mil desperfectos, me acuerdo. Cobraste una fortuna. Y también recuerdo que hasta hoy mi marido no ha terminado de pagarte, te debe un dineral. La cara que puso cuando le dijiste lo que costaría reparar el coche… La mujer rió, bajito. Te dijo que no te pasaras de listo. Pero no se lo tomes a mal, René: él es así, siempre ahorrando en la comida del perico. Tú en cambio no escatimas en gastos. Y es que no te quieres jugar ningún riesgo. Por eso me gusta ir contigo sentada acá atrás mientras tú manejas. Cuando termina tu turno, en las noches, me siento desprotegida. Ay, no quisiera que te fueras a tu casa, suspiró. Trabajo diez horas corridas, dije. Sí, y eso es malo para tu espalda, lo sé. Pero ahora que volvamos a la casa te voy a poner unos jitomates asados sobre los riñones, verás qué alivio.

Llego por fin a La Merced y busco un lugar donde estacionarme. No puedo estar con usted más horas, respondo, como suelo hacer, mucho tiempo después de que la gente me ha comunicado algo, porque me quedo pensando las cosas. Luego añado: Yo también tengo una vida. En eso mentía. Vivo en un cuarto sin ventanas y ahí no hay nadie más que yo mismo. Sólo yo y mi Magnum, mis herramientas y mis dos morteros recién hechos. Y, aunque esto no se lo iba a decir, lo que menos soporto en el mundo es estar conmigo.

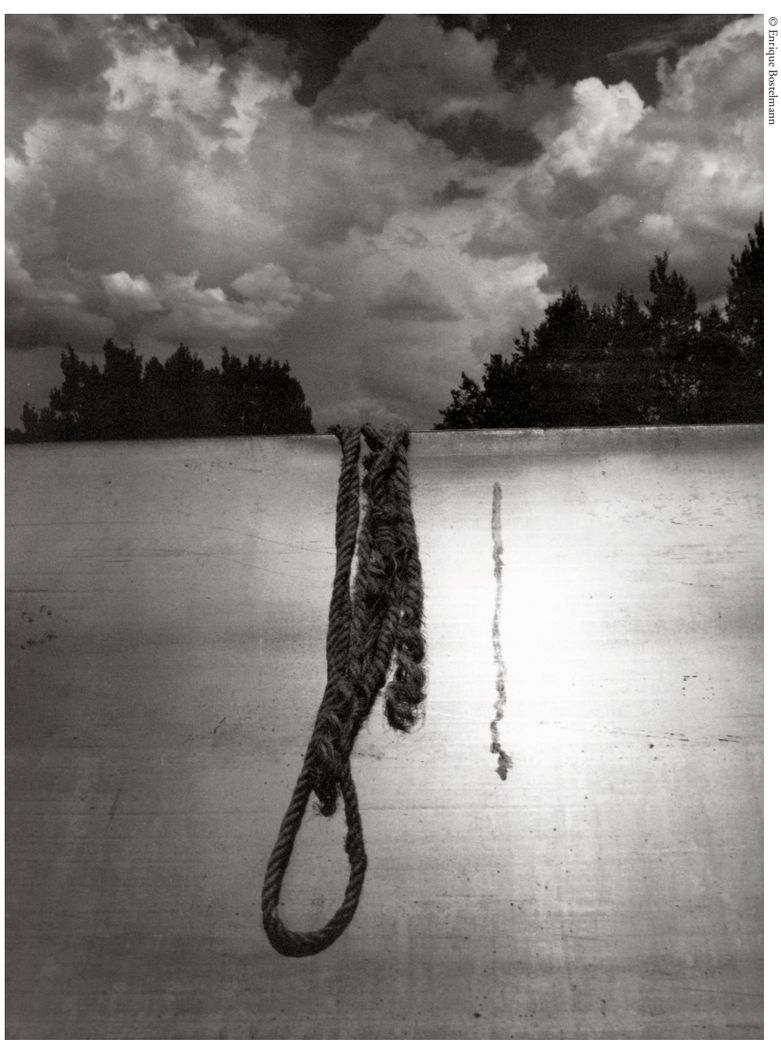
Yo lo sé, dice, tienes una vida rica y creativa. Lo descubrí la noche en que oí los disparos y al día siguiente, cuando te mostré las balas que encontré regadas, tú dijiste, mostrando una que no estaba percutida: ésta sirve para hacer un llavero. Al día siguiente lo trajiste con las llaves del coche. Te quedó muy bonito. La gente creativa muestra siempre una inteligencia superior. Es capaz de soñar, de pensar en algo más que en subsistir un día y otro día.

Yo empiezo a cansarme de tanta cháchara. No estoy acostumbrado a conversar y nadie me había hablado así. No es más que un simple llavero, digo. Sí, pero es en los detalles simples de las personas donde se ve su mundo interior.

Después de estacionarnos y ayudarla a bajar del auto, voy caminando con ella entre los puestos atiborrados de gente, probando los bocaditos que le van ofreciendo los marchantes. Después la ayudo a subir las bolsas de la compra al auto y en cuanto está sentada, finjo que necesito una clavija. Voy a la tlapalería que está allí, señalo, no tardo, y cierro la puerta con seguro. Pero… ¿¿Por qué??, grita, asomándose por la ventanilla. ¡Ya le dije que no tardo!, repito, alzando la voz, pero ella vuelve a gritar: ¡No me dejes sola! ¡Tengo miedo! Me acerco, para que no oigan los demás. Te acompaño, dice. Se cuelga de mi brazo a través del vidrio del coche, con la confianza de una tía sin ser mi tía, ella apergollada y yo tratando de zafarme desde la calle. Al sentir mi bíceps, exclama: ¡Oye, qué fuerte estás!, con el asombro de una novia sin ser mi novia y vuelve a presionar con la admiración de una esposa, sin serlo tampoco, y con esa misma confianza, añade: ¿Haces ejercicio? Es por mi trabajo, respondo con sequedad. Hacer barra y dominadas es lo único que me tranquiliza antes de tener que usar la Magnum o hacer estallar un mortero. La cosa no llega a más. Subo de nuevo al vehículo. En cuanto arranco, le advierto que quiera o no, iré más tarde a lo de la clavija y alguien se debe quedar con las cosas en el coche. Pero ella ya tiene los ojos cerrados y no escucha. Según murmura, su marido le está enviando un mensaje por vía mediúmnica. Cuando los abre, le pregunto, por divertirme un poco: ¿Y qué le manda decir el señor? No sé, dice cortante. Aquí con el ruido del tránsito hay mucha interferencia. Sonrío. ¿De verdad cree en esas cosas? Se queda pensando un momento. Si no las creyera, me dice, mi esposo ya me habría encerrado en un manicomio, ¿no te parece?

Su respuesta se queda dando vueltas en mi cabeza. Y es que hace cosas raras, la verdad. A capricho, una vez pagó de más al plomero y a mí me obsequió un suéter nuevecito que el marido nunca desempacó. Es un acto gratuito, René, me dijo. Gratuito porque no te costó nada, pensé. Explicó que ella solía hacer ejercicios de agradecimiento. Tengo muchas cosas que agradecer a la vida, por ejemplo: haberme topado con Céfiro y contigo, con los dos. Al plomero, la mujer le debía el arreglo del céspol de un baño que el marido no quería pagar y a mí, bueno, me debía la vida, según ella.

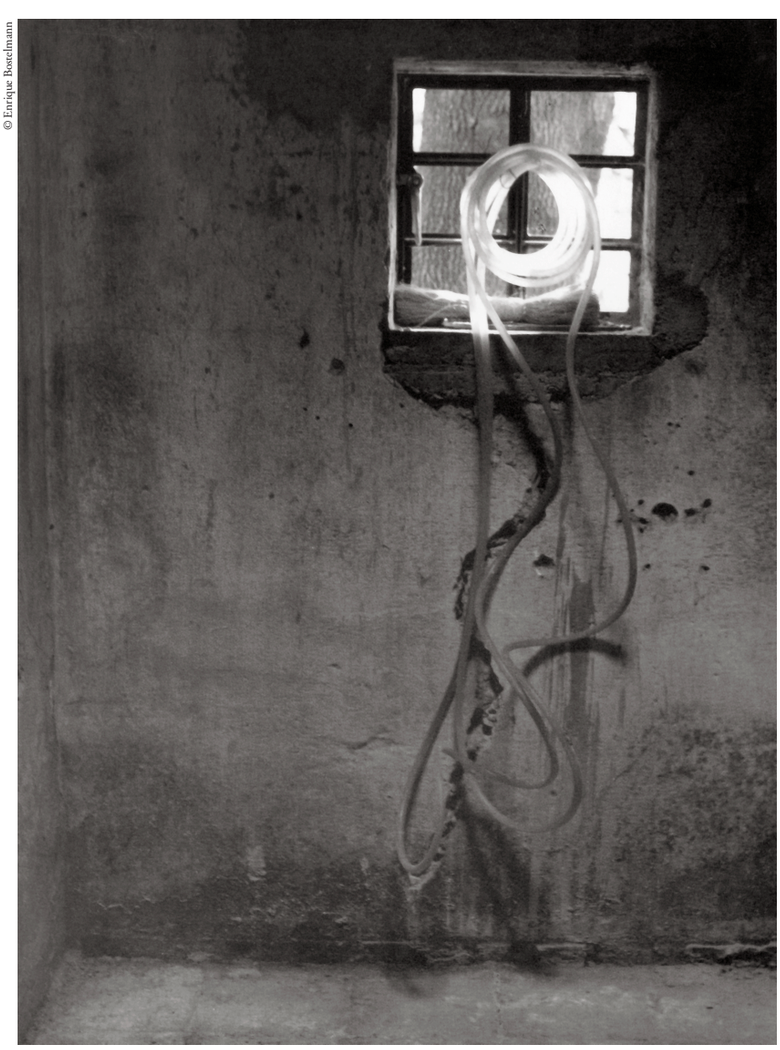
Después de que volvemos del mercado por lo regular la mujer cocina lomos, gallinas de guinea, patos laqueados y un envuelto que le lleva día y medio de preparación llamado brazo de gitano. Con lo que ese día compramos, hace además unas galletas de gengibre y llena un par de canastas que nos da al plomero y a mí. Cuando terminamos el turno, Céfiro me dice que él piensa vender su canasta y me pregunta por la mía. Sin mediar palabra, se la extiendo. Aquél sólo come tortillas de maíz y a mí comer antes del trabajo por lo regular me enferma. Es por el reflujo, dice la mujer cuando le confieso que me he deshecho de las galletas. Yo también lo padezco. Toma estas pastillas. Las pastillas me dan náuseas y las tiro. Como no tienen acogida entre Céfiro y yo, y el marido no prueba alimento con tal de llevarle la contra, la mujer acaba zampándose las galletas restantes, hecho que le da bastante reflujo. A las sirvientas les obsequia dinero o ropa usada pero nunca les da cosas de comer. Es para que no les pase lo que a mí,



© Enrique Bostelmann

me dice un día, señalándose el cuerpo. Si vieras, cuando mi marido me conoció, tenía una cintura que le cabía entre las manos. Parecía relojito de arena. Claro que todavía tengo lo mío, aunque a una escala mayor. Ante estos comentarios yo me limito a emitir una especie de gruñido y después guardo silencio. Un día me confía que su esposo es impotente. Como sé que es imposible que un hombre se confiese impotente, comprendo que el marido no está dispuesto a tocarla ni aun en el supuesto de verse a punto de caer sobre ella y que es una forma de quitársela de encima. "Esta gorda es casta", pienso, mirándola por el retrovisor. Y siento calambres.

La tarde en que debo llevar a cabo el trabajo el marido se ausenta, como convinimos, pretextando una reunión de ex compañeros de carrera. Antes fue director de un importante despacho de contadores y se veía que hizo bien las cuentas. Tan sólo la casa, sin contar el jardín, era la más grande de toda la manzana. Tenía árboles grandes, macizos de flores y un frontón abandonado cubierto de pasto y maleza. En cuanto anochece, la mujer me pide revisar la parte trasera del jardín por última vez porque va a quedarse sola. Ay, cómo lamento que tengas que irte a tu otra vida, René. Más en una situación como ésta. Mi marido, ya lo viste, no quiso llevarme con él y las muchachas se fueron a su pueblo.


© Enrique Bostelmann

Quiero proponerle algo: quedarme con ella un rato, para seguir con el plan concebido, pero ella se me adelanta. Al menos sube unos minutos al recibidor, me dice. Mañana es nochebuena y como no voy a verte en unos días, te preparé una sorpresa. Salvo en la cocina, nunca había estado dentro de la casa. Subo las escaleras y veo el saloncito por primera vez. Sobre la mesa de centro, ha dispuesto dos manteles, una azucarera, un canasto con manzanas, una ponchera con vino caliente y un par de copas. Enseguida regreso, murmura. Mientras vuelve de hacer sus necesidades observo unos cuadros espantosos de gordas perseguidas por hombres con cuerpos de cabra; un sofá percudido y cubierto con un mantón; una estantería con miniaturas de cristal y otras cursilerías como una cuna vacía, un columpio, un huevo adornado y un pozo. Luego, me quedo mirando la serie de cojines que borda y el sillón mullido por el peso donde lleva a cabo esta tarea. Finalmente, me siento. La veo entrar de nuevo, vestida con una blusa estridente y una falda de flores, como una muñeca más grande que el tamaño natural, de ésas que las niñas patean por detrás de las piernas para hacerlas caminar. Trae unos tacones con pedrería y un broche en medio de los senos que me obliga a levantar la cara cuando desde aquella altura se inclina y me dice: Cierra los ojos, René. Vas a oír música celestial. Se va contoneando hacia el aparato de sonido y lo enciende. Es el coro de los niños cantores de Viena. ¿Lo habías escuchado antes? Cómo iba a escucharlo, me dan ganas de decir, si en el lugar de donde vengo los únicos coros que hay son las peleas de perros y los balazos. Pero me conformo con decir que no, ni tampoco he bebido un vino tibio como ése que me está sirviendo. ¿Nunca has bebido vino?, pregunta, azorada. Lo más cerca que he estado de un líquido de ese color es la sangre que vendo cuando el trabajo escasea, pero me limito a decir: No, señora. Soy hombre de pocas palabras, pero esta vez pienso que debo decir algo más. O quizás es que de pronto empiezo a sentirme cómodo, relajado. Tanto, que en cuanto la mujer se distrae, corto la línea telefónica tal como convine con el marido, en el fondo con más interés de que él ya no pueda comunicarse que por otra cosa. Está el celular, por supuesto. Aunque llego a tener un pensamiento sorprendente: puedo responderlo o no. Pero soy persona de palabra, al menos en lo que al trabajo se refiere. Cuando voy a servirme la segunda copa, la mujer toma mi mano y con una cucharita me fuerza a mover la ponchera. Ay, René, con un talento así y con tu tipo es un desperdicio que nadie te haya enseñado estas cosas.

Bebemos otra vez y no sé por qué me entran ganas de mover de nuevo la ponchera, tomando ahora su ma-

no acojinada y blanca. A través de la blusa entreabierta veo la piel color migajón. ¡Enséñame algo que no sepa!, me dice de pronto, y ahí sí me pone a pensar: torcerle el cuello a alguien, clavarle una navaja en el costado, golpear sin dejar marcas, en cuál de mis especialidades podré instruirla. No, la verdad, no sé… digo. Ay, René, no seas tímido. Algo haz de saber que yo no sepa. Está bien, ponga otra música, digo. Póngame una cumbia, la Cumbia de la Pasión. Nos ponemos de pie y la voy conduciendo con suavidad entre los muebles. Nada más déjese guiar, le advierto, acercándola y demostrando que el secreto de la cumbia está en quebrar la cintura apenas. Ahora viene lo bueno, le advierto, preparándome para componer la figura. Estamos en lo mejor del baile cuando, de pronto, ella se separa de mí. Cierra los ojos, inclina un poco el talle y se levanta el vuelo de la falda, como si quisiera librarla de un lodo invisible. Empieza a moverse con lentitud, disfrutando el baile y sonriéndome a mí o a quién sabe quién. Tiene el pelo recogido con una peineta, pero al dar el giro, sin perder el compás, se suelta el cabello que pierde el dominio y la hace parecer otra persona. Y es como si la psicoquinesis hiciera su efecto y alguien hubiera acudido al oír los sonidos de la música. Pude haberla abrazado, impidiéndole moverse y terminar con lo pactado, pero en vez de eso la tomo por atrás y le susurro al oído: "Si no estuviera tan cruda sería capaz de comérmela".

Suelta una carcajada y echando la cabeza hacia atrás me mira. Si llega el viejo, me parte, pienso, a mí, que en lugar de darle muerte le estoy dando la alegría de su vida. De no ser porque estoy a punto de mandarla al otro mundo, con ese solo gesto le habría prolongado la vida veinte años, por lo menos. ¡Mire!, digo, mostrándole el cable trozado, como para recuperarme a mí mismo. Pero ella no lo ve o no quiere verlo; desde otro tiempo y otro espacio navega en las arenas movedizas del pasado, en un tiempo que parece jalarme y me obliga a olvidar mi misión. Bebe un poco más, dice. Y bebo. ¿Ves cómo todo esto es un lago, René?, y señala el salón. Ven, rememos un poco mientras nos sea posible. La abrazo por la espalda, extendiendo sus brazos y haciendo un movimiento hacia adelante y atrás. Pronto, todo esto que ves serán caminos de cemento, me dice, y cuando miremos al cielo veremos sólo cables. Toma del cesto una manzana chica y picada, de ésas que compra conmigo en los puestos baratos porque con lo que le da el marido tiene que ahorrar en los ingredientes de primera. ¿Ves esta fruta?, me interroga. Viene del paraíso. Pronto las inyectarán con sustancias y verás a la gente adquirir cuerpos monstruosos. Pone mi mano en uno de sus senos y siento la carne turgente debajo de la blusa. Y en ese momento se derrumba. "Es ahora o nunca", pienso, y la llevo a la cama. Calculo que mi labor estará pronto concluida, pero al acercarme a tomarle el pulso ella me oprime la mano. ¿Se siente mal?, le pregunto, esperanzado. Nunca me había sentido mejor, dice arrastrando las palabras. ¿Por qué no brindamos por esta razón? Voy por las copas y bebo yo también. Ah, dice. Qué bien. Ahora habla muy lento y la voz, más grave que la usual, parece venir de otro rumbo.

Me has enseñado tanto; he aprendido tanto de la vida junto a ti, dice. Es…, se mira la mano y mueve los dedos, como si me hubiera descubierto el pulgar. Qué quiere decir con esto, sólo ella lo sabe, el caso es que me acerca la mano y mueve el pulgar frente a mí. Ven, acuéstate conmigo un momento, dice, pero antes, bebe un poco más, anda. Me bebo de golpe otra copa y me tiendo de perfil junto a ella, en la orilla en la cama. ¿Quieres que te diga algo, René? Nunca me he acostado con otro. No quiero seguir por ese camino porque me repugnan las intimidades, más aun cuando vienen de alguien que no soy yo. Pero ella no es de la misma opinión: Si tan sólo él pudiera estar algún día así, conmigo, como hoy estás tú, dice. Le transmitiría tantas cosas sin necesidad de decírselas… Guardamos silencio un momento, hasta que ella me dice: Quiero poseer su mente, René, tal como él ha poseído la mía. ¿¿Quiere su cabeza??, pregunto, sorprendido. La mujer suelta una carcajada y me contagia a mí también.

Pues su cuerpo, no lo puedo poseer...

Nos reímos aún más, sin saber por qué. Recostados de perfil, nos miramos frente a frente y ella susurra: Eres… Entonces la oigo roncar. Llegó mi momento, pienso. Quiero levantarme y tengo que detenerme a causa del mareo. Retomo el equilibrio, bajo las escaleras, tomo mis pocas pertenencias y salgo. Ya estando en la entrada, enciendo el celular. El marido, furioso, grita desde el otro lado, con su voz tipluda: ¡Imbécil! ¿Qué carajo te pasa? ¡Tengo horas tratando de comunicarme contigo y tu teléfono siempre me manda al buzón! Respiro con calma y pregunto: ¿Depositó el dinero? Pero el hombre me grita más fuerte aún: ¿No te estoy diciendo que he estado tratando de comunicarme contigo? Tengo horas queriendo decirte que no pude ir al banco. Respondo: Ajá. Y ante mi respuesta, se detiene en seco y cambia el tono de voz. Mira, dice, terminemos con esto y mañana a primera hora me acompañas al banco y... No oigo lo demás; simplemente espero a que termine de hablar. ¿Oíste lo que dije?, pregunta. Sí, digo, lo oí. ¿Y terminaste con todo, no? Sí, digo, terminé. Entonces espérame donde acordamos para llevar el cuerpo al fondo del jardín.

No tuve que aplicar mucha fuerza. Luego de la cuerda, procedí a cortar la cabeza de un tajo con la pala. Quién sabe por qué la puse en el cesto donde antes habían estado las manzanas. De regreso a mi casa, se me ocurrió que nunca antes había hecho un regalo.